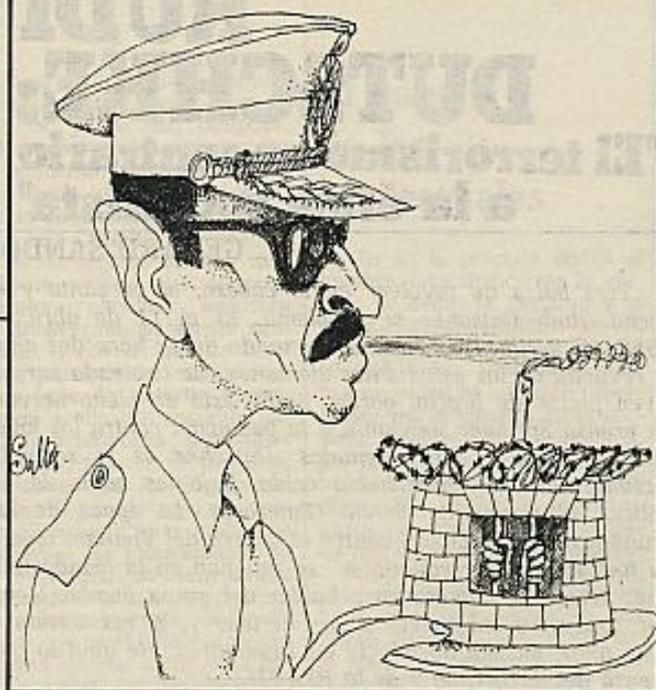


Guatemala 1967, Argentina 1977:

EL ENSAYO GENERAL DE ESTA OBRA

EDUARDO GALEANO



CUANTOS hombres serán arrancados de sus casas esta noche y arrojados a los baldíos con unos cuantos agujeros en la espalda? ¿Cuántos serán mutilados, volados, quemados? El terror sale de las sombras, actúa y vuelve a la oscuridad. Los ojos enrojecidos en la cara de una mujer, una silla vacía, una puerta hecha astillas, alguien que no regresará: Guatemala 1967, Argentina 1977.

Aquel había sido oficialmente declarado "el año de la paz" en Guatemala. Pero ya nadie pescaba en la zona de Gualán, porque las redes atrapaban cuerpos humanos. Hoy la marea devuelve pedazos de hombres a las costas del río de la Plata. Hace diez años, los cadáveres aparecían en las aguas del río Motagua o eran descubiertos, al amanecer, en los barrancos o al borde de los caminos; esos rostros sin rasgos no serían identificados jamás. A las amenazas sucedían los secuestros, los atentados, las torturas, los asesinatos. La NOA (Nueva Organización Anticomunista), que proclamaba operar "junto al glorioso Ejército de Guatemala", arrancaba la lengua y cortaba la mano izquierda de sus enemigos. La MANO (Movimiento Anticomunista Nacionalista Organizado), que funcionaba en la órbita de la Policía, marcaba con cruces negras las puertas de los condenados.

En el fondo del lago San Roque, en Córdoba, aparecen ahora cuerpos sumergidos con piedras, como encontraron los campesinos guatemaltecos, en las cercanías del volcán Pacaya, un cementerio clandestino lleno de huesos y de cuerpos en descomposición.

Técnica de las desapariciones

En las cámaras de tormento, los torturadores almuerzan ante sus víctimas. Los niños son interrogados sobre el paradero de

sus padres; los padres, colgados y picaneados para que digan dónde están sus hijos. Crónica de cada día: "Individuos vestidos de civil con los rostros cubiertos por capuchas negras... Llegaron en cuatro automóviles Ford Falcon... Todos estaban fuertemente armados, con pistolas, metralletas e Itakas... Los primeros efectivos policiales llegaron una hora después de la matanza". Los presos, arrancados de las cárceles, mueren en la Ley de fugas o en batallas donde no hay heridos ni bajas del lado del Ejército. Humor negro de Buenos Aires: "Los argentinos" —dicen— nos dividimos en: aterrados, encerrados, enterrados y desterrados". La pena de muerte se incorporó al Código Penal a mediados del '76, pero en el país se mata todos los días sin proceso ni sen-

tencia. En su mayoría, son muertos sin cadáveres.

La dictadura chilena no ha demorado en imitar el exitoso procedimiento. Un solo fusilado puede desencadenar un escándalo mundial: para miles de desaparecidos siempre queda el beneficio de la duda. Como en Guatemala, parientes y amigos realizan la peligrosa peregrinación inútil, de prisión en prisión, de cuartel en cuartel, mientras los cuerpos se pudren en los montes y en los basurales. Técnica de las desapariciones: no hay presos que reclamar ni mártires para velar. A los hombres se los traga la tierra y el Gobierno se lava las manos: no hay crímenes que denunciar ni explicaciones para dar. Cada muerto se muere varias veces y al final sólo te queda, en el alma, una niebla de horror y de incertidumbre.

"Las Tres A son las Tres Armas"

Pero fue Guatemala el primer laboratorio latinoamericano para la aplicación de la guerra sucia en gran escala. Hombres entrenados, orientados y armados por los Estados Unidos llevaron adelante el plan de exterminio. 1967 fue una larga noche de San Bartolomé.

La violencia había empezado en Guatemala años atrás cuando un

atardecer de junio de 1954, los aviones P-47 de Castillo Armas cubrieron el cielo. Luego las tierras fueron devueltas a la United Fruit y se aprobó un nuevo Código del Petróleo traducido del inglés.

En la Argentina, las Tres A (Alianza Anticomunista Argentina) hicieron su aparición pública en octubre de 1973. Si en Guatemala se desencadenó la guerra sucia para aplastar a sangre y fuego la reforma agraria y se multiplicó luego para borrarla de la memoria de los campesinos sin tierra, en la Argentina el horror empezó cuando Juan Domingo Perón defraudó, desde el poder, las esperanzas que había despertado durante el largo exilio en el llano. Humor negro de Buenos Aires: "El poder" —dicen— es como un violín. Se toma con la izquierda y se toca con la derecha".

Después, al fin del verano del '76, los militares volvieron a la Casa Rosada. Ahora los salarios valen la mitad. Se multiplican los desocupados. Están prohibidas las huelgas. Y en vísperas de su propio secuestro y desaparición, el escritor Rodolfo Walsh dirige una carta abierta al general Videla denunciando que "las Tres A son hoy las Tres Armas, la fuente misma del terror que ha perdido el rumbo y sólo puede balbucear el discurso de la muerte". ■

Carta de la madre de los tres desaparecidos

"No creo tener el monopolio del dolor en la Argentina"

DIRIJO estas palabras a todos los Gobiernos, a todas las iglesias, a los partidos políticos y sus dirigentes, a todas las instituciones que en el mundo se ocupan de solidaridad y defensa de los Derechos Humanos. A las familias del mundo entero, a todas las madres, a todos los hombres de buena voluntad.

Me impulsa mi dolor de madre, mi responsabilidad como abuela, mi angustia ante mi familia desaparecida en este último año en la Argentina. Si estas líneas no han sido escritas con anterioridad, fue ante la es-

peranza de obtener algún resultado de los procedimientos legales que naturalmente se iniciaron después del secuestro y desaparición de todos mis hijos. Vana esperanza, puesto que se trataba de los clásicos medios que en épocas anteriores obtuvieron siempre una respuesta de la justicia. Los seis "habeas corpus" presentados luego de la desaparición de mis hijos no obtuvieron respuesta u obtuvieron respuestas negativas. Todo intento de averiguación sobre su paradero hecho en la República Argentina fue infructuoso.

El 26 de julio de 1976 fue

secuestrado mi hijo menor junto con su mujer. Martín Beláustegui Herrera (que cumplía al día siguiente veinte años) y María Cristina López Guerra, de veintidós años, embarazada en aquella época de dos meses, volvían esa tarde a su casa después del trabajo. Unos 15 hombres armados, vestidos de civil, los esperaban escondidos en el patio. Apretados los dos jóvenes, los presuntos civiles volaron la puerta de la casa con sus ametralladoras y los introdujeron dentro. Se prohibió a los vecinos asomarse a ventanas o puertas y, como sucede gene-

ARGENTINA

ralmente en estos casos, el terror hizo que nadie se atreviera a intervenir. Asustados, asistieron los habitantes del barrio al secuestro, espionando a través de las persianas cerradas. Al rato de haber entrado todos a la casa, vieron cómo sacaban a los muchachos, encapuchados, y los metían a empujones en un automóvil. No terminó allí el asombro del vecindario. A los pocos minutos, un camión del ejército se detenía frente a la casa y tropas de uniforme se encargaban de saquear absolutamente todo lo que había en ella.

El día 13 de mayo de 1977, a las siete de la tarde, un llamado desde una clínica de la localidad de San Antonio de Padua, en la provincia de Buenos Aires, comunicaba a la abuela paterna que personas de civil han dejado allí a una pequeña de un año y medio con un cartel colgado del cuello que expresa: "Soy la hija de Valeria Beláustegui", y un número telefónico. Es la niñita de mi hija Valeria Beláustegui Herrera, de veinticuatro años, y de su marido Ricardo Waisberg, de veinticinco años. Cuando llega la abuela a buscarla, desde la clínica, evidentemente atemorizados por el caso, la informan que han suministrado calmantes a la beba, que evidenciaba signos de un gran nerviosismo, y la han llevado a la comisaría de la localidad. En la comisaría entregan la nena. La bebita sufre una intensa perturbación nerviosa. Durante varias noches se despierta llorando y clamando por sus padres. No sabemos qué sucedió entre las cinco de la tarde, hora en que Valeria había llamado al pediatra para informarse sobre algún problema de su hijita, y las siete, hora en que se produce el llamado desde la clínica.

El día 30 de mayo de 1977, un procedimiento de las tres fuerzas conjuntas detiene en el departamento del centro de la capital federal, donde se alojaban con unos amigos, a mi hijo Rafael José Beláustegui Herrera, que ese día cumplía veintitrés años, y a su mujer, Electra Irene Lareu, de veintitrés años. Se los llevan maniatados, junto con el dueño de casa, y dejan a su hijito, de veinte meses, con la esposa del dueño. En la vereda, mi hijo alcanza a gritar: "Lareu, Beláustegui, nos secuestran". Quizá algún vecino de buena voluntad se animase a avisar a los familiares. Veinte días después son advertidos los abuelos paternos por un llamado de una cuidadora del Ministerio de Bienestar Social, a cargo de quien ha sido dejado el bebé, que deben pasar a retirarlo de la dependencia oficial don-

de se encuentra. El niño es entregado al abuelo por un juez. El bebé se encuentra angustiado y nervioso, duerme mal y tarda en reponerse de su tristeza.

Señores, en menos de un año ha desaparecido toda una familia. Nadie me ha dicho de qué se los acusa. No sé dónde se encuentran. No sé si están enfermos. No sé si están sometidos a tortura. No sé si están vivos o muertos.

Si es que están prisioneros, sé que este horror de dudas y falta de información es una de las armas que maneja el Gobierno de mi país en esta llamada guerra, en la que oficialmente no se hacen públicas las listas con los nombres de quienes son "detenidos". No me dirijo personalmente a las autoridades argentinas, ya que todo lo que he hecho en este sentido ha sido totalmente inútil.

Quiero simplemente, en mi nombre y en el de esos dos bebés que han quedado separados de sus padres, pedir a quienes tengan cómo conectarse o influir sobre el Gobierno argentino que averigüen ante autoridades militares, civiles o eclesidásticas del país si mis hijos están vivos o muertos.

Si están vivos, pido a los que los tienen entre sus manos que se me informe sobre ello y sobre su estado. Si han muerto, espero tener la fuerza y la entereza para seguir mi camino, enseñándoles a mis nietos el amor por los hombres y por la vida.

No creo tener el monopolio del dolor en Argentina. No quiero que se tomen así mis palabras. He hablado con mis palabras de madre demasiado triste. Quiero hacer mío también el dolor de todas las madres argentinas que están pasando por las mismas circunstancias. Es fundamental que se exija al Gobierno argentino la difusión de las listas con los nombres de secuestrados y desaparecidos, las listas de los muertos.

¿Cuál es el derecho —en su concepto de hombres cristianos— que los hace sentirse los dueños, los administradores, de tanto dolor? ¿Cuál es su concepto de justicia? ¿Suponen acaso que no tendrán que rendir cuentas ante nadie sobre la suerte de 15.000 desaparecidos?

Creo que ha llegado en el mundo la hora en que todos los hombres con sentido de justicia reclamen esas listas a los hombres que gobiernan la República Argentina.

Desde ya agradezco vuestra atención y todas las gestiones que puedan hacerse para mitigar nuestro dolor, nuestra terrible incertidumbre.

Como argentina, como mujer, como madre, como abuela, muchas gracias. ■ MATILDE HERRERA.

RUDI DUTSCHKE:

"El terrorismo es contrario a la ética socialista"

GERARD SANDOZ

Tres balas de revólver en la cabeza, la garganta y el pecho. Rudi Dutschke se desploma. Es el 11 de abril de 1968, en Berlín. Quien viene animando desde hace dos años la revuelta de los estudiantes alemanes cae tiroteado por un joven pintor de brocha gorda. Berlín está en pleno hervor. La prensa Springer solivianta a la población contra los jóvenes, los rojos y los melenudos. Dutschke es la segunda víctima. Un año antes había caído, bajo las balas de un policía, el estudiante Benno Ohnesorge. La época de las grandes manifestaciones contra la guerra del Vietnam toca a su fin. Algunos "irreductibles" se refugian en la clandestinidad. Pronto se comenzará a hablar del grupo Baader-Meinhof. Dutschke sobrevivió a sus heridas y, a sus treinta y siete años, enseña Sociología en Dinamarca. He aquí lo que piensa del terrorismo y de la RFA (1).

USTED fue el enemigo público número uno de la sociedad alemana durante los años sesenta como dirigente de la revuelta estudiantil. Hoy ese enemigo público es el grupo Baader-Meinhof. ¿Qué es lo que ha pasado?

Rudi Dutschke.—El movimiento de los años sesenta estaba animado por el SDS (Unión de los Estudiantes Socialistas alemanes), a través del cual se expresaba la oposición extraparlamentaria. Se trataba, ante todo, de luchar contra la guerra del Vietnam y el imperialismo norteamericano. Era un movimiento muy amplio que no dejó de extenderse hasta la disolución de la SDS, en mil novecientos sesenta y nueve. El grupo RAF (Fracción del Ejército Rojo) es totalmente distinto. No tiene ningún contacto con otros grupos sociales, activos políticamente. Está socialmente aislado.

—Sin embargo, su movimiento estudiantil, al igual que el grupo Baader-Meinhof, quería destruir el orden social existente...

R. D.—El problema es: ¿quién quiere destruir qué? Para nosotros se trataba de democratizar una sociedad antidemocrática.

—Para el grupo Baader-Meinhof, ustedes fracasaron por las vías democráticas, razón por la que ellos eligieron los métodos terroristas.

R. D.—La izquierda revolucionaria de los años sesenta tenía un principio básico: no hay democratización sin socialismo ni socialismo sin democracia. La tesis de la Fracción del Ejército Rojo es que esta sociedad burguesa es ya fascista, pero

no dan ninguna explicación, ninguna prueba. Se trata, en mi opinión, de una concepción absurda, como lo es la del terrorismo individual.

—¿Usted está contra el terrorismo?

R. D.—El terrorismo es el asesinato; algo contrario a la ética socialista. Hay en la sociedad potencias que se oponen al socialismo. Y hay que combatirlas con métodos políticos, ampliando la movilización de las masas en lugar de imposibilitarla.

—Así, pues, ¿el secuestro de Hanns Martin Schleyer, el asesinato de un procurador o de un banquero, etcétera, cometidos por el grupo Baader-Meinhof no tienen nada que ver con el socialismo ni con ningún movimiento revolucionario?

R. D.—Es una negación de la tradición revolucionaria e incluso una reacción contrarrevolucionaria. No queremos sustituir el despotismo del régimen capitalista por el terror y por otra modalidad de despotismo. Asesinar a las personas no tiene ningún sentido. Si uno considera, como marxista, que los individuos de la clase dominante son intercambiables por sus funciones, es evidente que el terrorismo individual no aporta entonces nada a la lucha de clases, sino que es su misma negación.

—Pero el grupo Baader-Meinhof sostiene que la República Federal Alemana es un Estado autoritario que evoluciona hacia el fascismo. ¿Cómo puede ser

(1) La entrevista es anterior a los últimos sucesos terroristas relacionados con la RFA: el episodio del avión secuestrado, los "suicidios" de Baader, Raspe y Gudrun Esslin, y la aparición del cadáver del industrial Schleyer.